

escribía en 1840 Sainte-Beuve. Cuando se pronuncia su nombre, como no sea postrado de hinojos en actitud de adoración, se teme profanarle; la simple repetición de ese nombre inefable para el cual el respeto más profundo podría trocarse en blasfemia, aterra al hombre pensador (1).»

Por desgracia, ese mismo hombre ha renegado más tarde de Jesús, seducido por el brillo escandaloso de una popularidad póstuma y deletérea: ello es que puede aplicarse à la segunda mitad de su existencia esta sentencia que fulminó durante la primera. «Los que niegan absolutamente à Jesucristo, llevan la penitencia en su pecado. Fijaos en los más notables de los anticristianos modernos, en Federico el Grande, en Laplace, en Goethe, y podreis convenceros de que todo aquel que ha desconocido completamente à Jesucristo, en el espíritu ó en el corazón, no ha tenido cuanto había menester, le ha faltado algo (2).» El autor de la cita constituye un número más que debe adicionarse à esta lista de seres incompletos.

(1) *Historia de Port-Royal*,

(2) *Idem*,

CAPITULO IV.

EFECTOS SOCIALES PROPIOS DE LA VERDADERA RÉLIGION.

El cristianismo lleva en sí mismo los caracteres de la verdad sobrenatural; que brillan singularmente en su divino autor: con la circunstancia de que es tan clara esta última verdad que haría violencia, à la adhesión de los espíritus, si no existieran siempre motivos que los engañaran; teniendo en cuenta, por otra parte, que no se hallan animados del vehemente deseo de no serlo. Hemos visto que el fundador del cristianismo traspasa los límites de la humanidad por su duración retrospectiva en los acontecimientos que le han precedido, y por su du-

ración póstuma en las revoluciones que han venido en pos de él. La sobrepuja por su sabiduría que marcan con el sello de lo infinito una originalidad, una elevación, una infalibilidad, una simplicidad y una presciencia sobrehumanas. La sobrepuja por la milagrosa soberanía que ejerció en la naturaleza física, en la naturaleza moral, y en los contingentes futuros. La sobrepuja por una santidad tan absoluta, que sirve de regla á las apreciaciones y á las acciones morales del género humano civilizado; tan medida, sin embargo, que es al par el modelo más completo y más asequible; tan necesaria, en fin, que si no se admite á Jesus como un sér divinamente perfecto, hay necesidad de considerarle como un sér humanamente despreciable. La sobrepuja por los amores sobrenaturales que ha sentido y revelado, y por aquellos que ha querido inspirar. La sobrepuja, en fin, por una constitucion dentro de la cual Dios y el hombre se asocian en condiciones tales, que jamás hombre alguno hubiese sido capaz de concebir semejante figura, como Dios mismo no la hubiese ejecutado. Ahora bien, colocar al lado de este otros fundadores, por más cuidado que se ponga en disfrazar las blasfemias, á fin de no causar alarmas, vale tanto como sacrificar la historia y el

sentido comun á las propias preocupaciones. Despues de haber comparado las religiones positivas en sus pruebas intrínsecas y en sus fundadores, procuremos distinguirlas segun sus efectos sociales.

Si el hombre ha menester la verdad, es preciso convenir en que tiene una disposicion desordenada para la falsedad, especialmente cuando esta constituye una brillante paradoja, bastante por sí sola á poner de relieve el talento de su autor. Al presente, son de todo punto innumerables, los crímenes intelectuales que la monomanía de la originalidad produce sin cesar: pues así los filósofos como los literatos lo afirman todo, hasta lo absurdo, impulsados por el afán de la originalidad.

Entre las injusticias inspiradas por la inclinación á los puntos de vista desconocidos, es una de las más repugnantes la que tiene por objeto negar al cristianismo los beneficios de la era Cristiana. Presentar la civilizacion moderna como una eflorescencia de la razon humana llegada á completa madurez sin el Evangelio, y acaso á pesar del Evangelio; decir de Jesucristo, al cabo de diez y ocho siglos iluminados y formados merced á su palabra, que nada se le debe, como no sean preocupaciones y retardo en el prograt

so, y en manera alguna este mismo progreso, es el colmo de la ingratitud, elevada al delirio. Hoy el fondo de la filosofía de la historia consiste en el anti-cristianismo.

Para apreciar debidamente lo que Europa debe al Evangelio sería indispensable suprimirlo por completo, y verla tal cual la habría producido la razón abandonada á sí misma. Semejante abstracción no puede fácilmente concebirse, por lo mismo que nos hallamos impregnados de cristianismo hasta tal punto, que nos vemos forzados á introducirlo hasta en nuestras objeciones anticristianas. Esto sentado, es de todo punto imposible saber hasta qué punto seríamos desgraciados si no fuésemos cristianos. Con todo, en defecto de una medida exacta y rigurosa, podemos dar una idea aproximada de la deuda que tenemos contraída para con el sublime autor del Evangelio.

Tres cosas, representan, en el seno del mundo moderno, los ejes del orden universal, y estas tres cosas constituyen lo que hay de mas bien establecido en la fé misma de aquellos que no creen: estas tres cosas son la propiedad, la familia y la sociedad. Ahora bien: me dirijo á los fervientes adoradores de estas tres instituciones, y les pregunto, de qué manera podrian ha-

cer de ellas una verdad cierta, si fuese incierto el cristianismo que les sirve de base. De modo que, profesar esos tres cultos hoy en boga y no inclinarse delante de nuestro Cristo, es una inconsecuencia sin corazón, toda vez que derivando evidentemente de Jesús semejantes beneficios, no se concibe que pueda haber empeño en no referirlos al mismo. Y si son divinos dichos beneficios, ¿por qué no ha de serlo su autor?

Al visitar la ciudad de Roma, tuve ocasión de notar un contraste que me llamó la atención de un modo extraordinario. Poniendo en relación las ruinas cristianas con las ruinas paganas, no podía menos que decirme: Hé ahí dos mundos que se hallan separados por medio de insondables abismos, con todo y mediar simplemente entre los dos el intervalo de un solo día. Históricamente se tocan; bajo el punto de vista de las ideas, más bien que la continuación, son el uno la destrucción del otro. Dirijámonos al Palatino para inquirir qué debemos pensar de la propiedad, de la sociedad y de la familia, y fijemos la contestación en nuestra mente; dirijámonos después á las catacumbas para hacer idéntica pregunta á los pontífices cristianos, y siendo opuestas las contestaciones, no podremos menos que concluir, que la diferencia entre ambas

doctrinas es demasiado radical y la transición harto brusca, para que el espíritu humano haya podido por sí solo recorrer instantáneamente el trayecto que media entre unas y otras. Si, el espíritu no va del uno al otro de esos puntos sin hacer estaciones intermedias, y si salva en un solo día espacios que el hombre, dado lo limitado de su naturaleza, no puede en manera alguna atravesar; debe precisamente deducirse de ello, que ha sido guiado por un poder divino.

Prescindase de Jesucristo, y desaparece la propiedad sólidamente constituida, por lo menos en los pueblos cristianos. La razón humana que en la antigüedad estableció la esclavitud dejándose llevar hoy por la pendiente opuesta, tiende à proclamar la igualdad absoluta, principio del todo disolvente, porque la propiedad para subsistir ha menester, como consecuencias prácticas, la desigualdad en las fortunas y en las

condiciones. Al presente, la igualdad socava los fundamentos de la propiedad, donde quiera que el cristianismo no sirve de contrapeso à la primera y de salvaguardia à la segunda, y solo restan meras repugnancias de mal parecer, y no un verdadero antagonismo filosófico entre estas dos proposiciones: «Jesucristo no es Dios.» *La propiedad es el robo.*

Efectivamente: en las teorías de los pensadores que organizan el mundo sin Dios, la propiedad tiene solo dos bases. Los unos aducen en apoyo de su posesion, la autoridad de la naturaleza, expresándose en estos términos: cuando el hombre siente una necesidad imperiosa, esta necesidad constituye su derecho; por consiguiente, no hay para qué decir dónde existe el derecho de la propiedad, de la cual experimenta el hombre esa necesidad imperiosa. Véase ahora la atorradora respuesta del enemigo à este argumento fundamental: Lo que legitima vuestra posesion consiste en que es una necesidad de la naturaleza; por consiguiente, debéis convenir en que los que nada poseen viven fuera de la ley de la naturaleza. Vosotros decís: la propiedad es una necesidad del hombre, por consiguiente, guardo lo que tengo; à esto respondo: la propiedad es una necesidad del hombre, por consiguiente reclama

no mi parte. En consecuencia, perezcan las leyes que consagran tales desigualdades, perezca la sociedad que consagra tales leyes, perezcan si es menester los defensores de estas leyes y de esta sociedad, y rectifíquese el censo catastral de las naciones, hasta tanto que la abundancia en que nadan los unos, no constituya el insulto lanzado al rostro de los que mueren de hambre.

Semejante pretencion ha sido rechazada por muchos libre pensadores; pero por más que han trabajado no han conseguido refutarla. De su parte están la fuerza y el derecho; pero la lógica reside en el campo contrario, y en ella permanecerá en tanto no venga la fé á robustecer las apologías de la propiedad.

Los otros órganos del derecho racionalista fundan sus argumentos en la autoridad de la tradicion. La propiedad, dicen, descansa sobre una convencion antigua y sagrada que se pierde en la noche del pasado. Cuando nuestros padres concluyeron su pacto social, arreglaron la transmision de sus bienes mediante determinadas condiciones; y nosotros que, virtualmente estábamos contenidos en ellos, no podemos destruir ese contrato sin faltar á la piedad filial, y sin subvertir un orden público más digno de

nuestro respeto, que el mismo techo debajo el cual hemos abierto los ojos á la luz. Más al llegar á este punto, siento el rugido del oleaje comunista minando las bases sobre que estriba ese edificio, gritando: ¡Como! ¿quiére exigirse que guardemos respeto á un úrden que no respeta ni nuestra miseria ni nuestra dignidad? ¿Será cierto que la voluntad de nuestros antepasados, decretando para nosotros el servilismo y el ambre, ha de ser inviolable? No, nosotros no reconocemos á los jefes de raza como representantes de unos siglos que no pudieron expresar su opinion. Nuestros padres no tenian el derecho de atarnos á su contrato social; nosotros por nuestra parte, no tenemos el derecho de atar á nuestros descendientes; por consiguiente pedimos que cada lustro tenga efecto la movilizacion de la tierra, y que de acuerdo todos en la parte á cada uno correspondiente, existan en nosotros tantos reyes como ciudadanos.

No hay para qué decir, que cuando semejantes paradojas se han querido trasladar de las bibliotecas á la plaza pública, se han puesto con justicia fuera de la ley; mas convengamos en que habria sido mucho mejor destruirlas por medio de argumentos que valiéndose de los cañones y de las bayonetas, pues es una verdad

indubitable, que el racionalismo propietario cuenta sólo en su favor la razón de la fuerza, en tanto para alcanzar la fuerza de la razón no echa mano de la revelación.

Es por consiguiente indispensable excogitar un principio que establecer en la linde de nuestras propiedades, capaz de crear un obstáculo á la audacia de los invasores. Pues bien, Dios únicamente posee la autoridad suficiente para establecer esta salvaguardia. Solo él puede decir á todas las concupiscencias: soy el propietario único y universal: los cielos, la tierra, los mares me pertenecen en pleno dominio y por esto otorgo su posición á quien me parece: *Domini est terra et plenitudo ejus* (1). Cuando establezco una sociedad, donde quiera que sea, le cedo la administración de mis bienes: y cuando por la fuerza de los tiempos y de las costumbres han llegado á fijarse las porciones, autorizo con mi firma esos contratos, esos derechos de mi derecho supremo, y sentado en la linde de cada heredad, impido que la codicia se acerque á ella, siquiera en la forma de simple deseo.

Y no tiene el pobre por qué sublevarse contra

(1) *Psalmo, 24 1.*

esa partición que le impone sacrificios. Ese desorden aparente concurre á un orden sublime. Con los pobres Dios forma santos; de los desgraciados de este mundo hace los privilegiados de una patria mejor, y gracias á esas compensaciones desaparecen de entre los cristianos todas las desigualdades, ya que para ellos la vida viene á ser un drama en dos actos: el primero pasa entre lágrimas; en el segundo hacen vida de reyes. Los desheredados de la tierra son como esos colonos de ultramar que no poseen nada en nuestro hemisferio; pero que en el otro poseen millones. Por consiguiente, no se cuente en el número de los pobres los pobres que son propietarios del reino de los cielos. *Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum caelorum* (2).

Este sólo principio basta para guardar eficazmente los palacios y los tesoros de la opulencia, y este principio sólo el cristianismo puede sentarlo. Es por consiguiente indispensable consentir en deber sus bienes ó en recibirlos del Señor de todas las cosas, que confiere derechos inmutables como el mismo, ó de un Estado que en todos los instantes puede tomar lo que concede.

(2) *San Mateo, 5, 8.*

En el principio sólo pueden admitirse dos propietarios, más bien uno, es decir, ó Dios, ó el delegado del sufragio universal; y cada cual debe reconocer como habiente derecho del primero ó del segundo. Hé ahí la razon de haber escrito que para creer en la propiedad sin creer en Dios es indispensable ser propietario. Es lógico y moral que no exista en la tierra señor alguno en posesion de lo suyo, cuando se ha desposeido al Señor de todas las cosas.

Y ahora conteste sin ambages el libre pensador: ¿con qué título considera más asegurada su propiedad y que garantía considera más poderosa, la ley que dice: *No codiciará la casa de tu prójimo, ni su buey, ni su tierra, ni cosa alguna que le pertenezca* (3), ó las utopías de Raynal, Babeuf y demás corifeos de la escuela socialista? Y no se diga que la propiedad no constituye una institucion exclusiva de las sociedades cristianas; porqué reconociendo el hecho dirémos que fuera de estos tiene su legítimo apoyo en los principios religiosos y filosóficos de cada país. Ahora bien: entre nosotros se ha eliminado el derecho religioso como fun-

(1) *Éxodo*, 20. 17.

damento de nuestra propiedad; y como nuestro derecho filosófico en lugar de apoyarla va mirando sus cimientos, resulta de ello que el edificio social, merced á nuestras negaciones se encuentra desprovisto de base, de manera que el día en que estas hayan dado la vuelta al mundo hay fundados motivos para sospechar que el mundo entero desaparezca envuelto en el torbellino que ha de producir un verdadero cataclismo.

Apelo para ello no solo á la lógica especulativa sinó tambien á la enseñanza de los peores tiempos de la historia: el día en que *los dioses se vayan*, los propietarios deberán hallarse dispuestos para seguir su camino. Por consiguiente podemos decirles á los pensadores anti-cristianos: Esta verdad que sirve de escudo á vuestros derechos más sagrados, es ciertamente indispensable, y pues no dimana su origen de una metafísica sin aplicacion, esafé que no podeis negar sin exponer á vuestros hijos á verse arrojados merced á vuestros mismos principios del techo por vosotros edificado, vosotros que teneis devocion al séptimo mandamiento, porqué protege vuestros derechos y desprecia todos los demás preceptos del cristianismo por lo mismo que

os impone deberes, sois culpables contra la razón y contra la ley moral.

II.

Sin Cristo, lo hemos demostrado, no puede concebirse la existencia de la propiedad: pues con más razón todavía podemos añadir: sin Cristo, es imposible la existencia de la familia. Los beneficios del cristianismo son como los de la naturaleza, tantos en número y tan constantes que ya no nos causan la menor sorpresa. Pero el hombre se halla tan inclinado á atribuirselos, especialmente si pertenecen al orden doméstico, que no ve inconveniente en disputárselos á Dios. Acostúmbrase á considerar su dicha, sus goces íntimos, como la obra de su corazón, no como un presente del cielo, moviéndole á ello ó el deseo de honrar su propio corazón, ó el de dispensarse de su gratitud para con el cielo. ¿Ilusión culpable! ¿Se quiere una prueba de ello?

Cuando sentados cabe el hogar entre la tierra compañera que se mira en vuestros ojos, y los pequesñuelos que enredan sobre vuestras rodillas y acarician vuestra cabellera que ostenta algunas canas prematuras, ¡imagináis acaso que la naturaleza por sí sólo ha bastado para producir esa sociedad unida estrechamente por purísimos amores? Os engañáis. La naturaleza era la misma ántes del cristianismo, y sin embargo entónces el padre tenía el derecho de vida y muerte sobre esos pequesñuelos, cuyo simple recuerdo hace latir vuestro corazón; y esa mujer que reina en vuestra casa como verdadera soberana; no era más en la civilización antigua, que una de tantas esclavas como existían sometidas al dominio y el capricho del señor. La naturaleza ha sido la misma después de la Encarnación, y sin embargo la verdad es que no se ha pronunciado negación alguna anti-cristiana, con respecto á la familia, sin que como consecuencia precisa se hayan roto los vínculos que la mantienen unida. Fijaos en la obra de la religión de Mahoma, y vereis reemplazado el hogar doméstico por el harem: el santuario del honor en el cual cada uno de los que en él intervienen consagra su dignidad por medio del sacrificio, por un bazar inmundo en el cual el despotismo

más repugnante va á encenagarse en voluptuosidades groseras en las cuales el corazón no toma parte alguna; el amor puro, casto, sagrado de la mujer cristiana, por la carencia involuntaria prestada acaso por el temor que inspira la cimitarra del eunuco. Contemplad ahora la obra de la negación del siglo décimo octavo. El filósofo más sentimental de esa época enviaba á sus hijos, con todo y llamarse padre, á morir en un hospital: Y se comprende, ¡qué otra cosa podría esperarse de quien opinaba que las relaciones entre la madre y los hijos debían durar lo que entre los cuadrúpedos, es decir durante la época de la lactancia; y suprimía en el hombre el deber del reconocimiento y gratitud respecto de sus abuelos, so pretexto de que siendo su vida resultado de un acto placentero, no podían reclamar la recompensa para una manifestación de su egoísmo! Fijaos por último en la obra de la negación del siglo presente: á la casta unión de dos almas, sustituye asociaciones impuras á la monogamia bendecida por el Evangelio, las aberraciones de los falansterios: y cuando se ha echado en cara á esos sectarios del epicureísmo, el asimilar el género humano al mismo bruto, con cinismo el más grosero ha contestado que entre el uno y el otro, *no existe más diferencia*

que el vestido. Tal fué la solución de los más atrevidos. ¿Cuál es la de los más moderados? Reemplazan la promiscuidad por el divorcio, especie de poligamia hipócrita, que despojando al matrimonio de su carácter más venerable, la indisolubilidad, la transforma en un contrato, á voluntad rescindible, sacrificando de esta suerte los destinos de la descendencia á las veleidades de dos antepasados inconstantes.

Por consiguiente, ya que no es el corazón, el progreso intelectual ni una determinada inspiración de la naturaleza lo que ha dado vida á la verdadera familia, ¿cual es su origen, y de donde viene la fuerza de cohesión que estrecha sus vínculos.

Un día, atraída por la poderosa seducción de sus discursos la muchedumbre había seguido á Jesús hasta la orilla opuesta del Jordan. Los Fariseos interrogaron al divino Maestro respecto del matrimonio, con la intención de tenderle una red y él les contestó. *El hombre dejará á su padre y á su madre para unirse á su mujer, y serán dos en una misma carne, y lo que Dios ha unido, el hombre no podrá separar* (1). *Tas es*

(1) San Marcos, 10, 9.

el *fiat* creador que produjo la familia; tales los acentos supremos que despertaron en el corazón humano, la novedad sublime de los amores indisolubres; tal, finalmente, el motivo en virtud del cual el padre, la madre, el hijo, esa trinidad conmovedora del hogar, mantenga al presente enlazados sus brazos y sus destinos con una ternura que no comprendía el mundo, cuando moraban unidos sin poder asegurar una mañana á su amor.

Lector que eres jefe de una posterioridad, y que no doblas la rodilla delante de Cristo, advierte que tu negacion es al par una inconsecuencia y una ingratitud. Jesucristo es tan verdadero como todas tus felicidades domésticas, pues que él es quien te las ha proporcionado. El que le debe el amor sin egoismo de su madre, la inviolabilidad del corazón de su esposa, las religiosas caricias de sus hijos, en una palabra, el honor y los más puros encantos de su hogar, no puede negarlos sin deshonorarse y llamar sobre sí la desgracia.

En las peregrinaciones de mi apostolado he tenido ocasion de encontrarme con un pensador ilógico, idólatra de la familia y descreído en lo que se refiere á Dios y al Evangelio. Arrastrado por el calor de la discusion dejóse arrebatar

un día hasta el extremo de ofender la memoria del Crucificado. La esposa, que no habia conseguido siemore en hogar doméstico la felicidad que al mismo llevara, vengó con una sola palabra la ofensa inferida al objeto de su adoracion. «Si me amais, dijo, no habléis de este modo de mi Dios, puesto que sin él, hace mucho tiempo que no estaríamos juntos.» Herido en mitad del corazón por este rasgo inesperado, el libre pensador se sintió entorneado: su orgullo humillado intentó sobreponerse por un momento á las inclinaciones de su amor; pero este venció la; luz penetró en su alma al través de la herida abierta en su corazón, y al cabo de un instante habia vuelto á creer y á adorar por conviccion y por gratitud.

De esta suerte ese conmovedor conjunto de dolores y de afecciones que se llama familia, se encierra en los brazos de Jesucristo, y no sólo reúne y mantiene unidos sus miembros todos, sino que los protege á todos y á cada uno por un respeto especial creado para ampararlos.

En las casas donde reina, multiplica las cunas: dónde su influencia no se deja sentir, el amor se sustrae á las cargas de la ley que dice: *Creced y multiplicaos*; la tierra se despuebla, y el hombre tiende á establecer en un desierto su egoista do-

micacion. Y con qué solicitud despues de haber velado sobre las fuentes de vida, atiende el cristianismo al cuidado de los recién nacidos, cuando no pueden contar con el auxilio de la madre que les abandonó! El es quien del tierno infante, del cual no se cura la política, y mira la codicia como carga onerosa, ha hecho un sér conmovedor y hasta sagrado; quien lo insulte, ha dicho, tal vez le haya dado acaso la existencia. Sin esta religion de amor, ¡quién sabe si sus desnaturalizados padres le hubieran arrojado al nacer à la corriente de caudaloso rio, como hacen los indios, ó abandonado en medio de las tinieblas de la noche en mitad de la calle, para ser recogido al otro dia como repugnante inmundicia, segun en otros paises se practica! El bautismo ha salvado más infantes en las regiones cristianas, que víctimas ha causado la guerra. (1) Sin contar que aún la misma guerra, bajo la influencia del cristianismo, ha perdido mucho de su antigua barbarie, porque con las pasiones que impiden el nacimiento de la humanidad, ha refrescado las ambiciones que en haces numerosas la arrojan en los brazos de la muerte.

(1) Ensayos sobre la indiferencia.

Y todavía no son los que acabamos de consignar los únicos beneficios que dispensa à la sociedad doméstica, pues al paso que imprime su imagen sobre la frente de la paternidad, hace un sentimiento divino del respeto y del amor que proceden de la misma. Merced al recuerdo de la Madre purísima de nuestro divino Salvador, hace sagradas à nuestras madres, y les asegura en la familia un dominio que realzan el prestigio de sus légrims y el de su misma debilidad. En la Polynesia extiende su mano tutelar sobre los padres ancianos que una piedad filial mal entendida y hasta cruel destina à la muerte, para evitarles los achaques é incomodidades de la vejez. En el extremo Oriente, conserva à los pequenuelos las madres que han visto morir à sus esposos, y à las cuales una legislacion atroz condena à perecer en la hoguera que consume el cadáver del que fué su marido. Ha hecho desaparecer de nuestras moradas ese auxiliar degradado, que carecia hasta de la propiedad de su existencia, el esclavo, reemplazándolo por el servidor voluntario, y enseñando al dueño y al que le sirve, que sus almas han sido redimidas por el mismo precio sobre la cruz. Por último, despues de haber cubierto con sus cuidados más exquisitos à todos los individuos de la familia, Jesucristo ha

establecido un culto particular en favor de los difuntos, culto piadoso que no sólo les garantiza el recuerdo de los que les sobreviven, como acontece en todas las religiones, sino también el yático de nuestras plegarias durante la separación, proporcionando de esta suerte estrechísimos abrazos entre los que vivieron y viven en un mismo hogar, abrazos del corazón, que llegan más allá de la tumba.

¡Oh Jesucristo! ¡Oh mi divino Maestro! ¡Oh Dios mío! Vos sois quien preside à nuestras uniones para asegurarnos felicidades harto inseguras. Vos sois quien vela sobre nuestras herencias para conservárnoslas. Os somos deudores de nuestras familias, de nuestros patrimonios, de nuestras virtudes, de todo cuanto poseemos, excepto de nuestras desgracias y de nuestros pecados. Perdonad à los que se empeñan en desconocerlos, y no les infligais jamás el castigo de abandonarlos.

III.

Sin Jesucristo es imposible la existencia de toda sociedad civilizada. Sea esto dicho como contestación à esa escuela, más cándida que política, que pretende explicar al mundo cristiano sin el cristianismo, y saluda nuestros progresos como una germinación natural del suelo moderno y una evolución espontánea del progreso indefinido. Para convencernos de las relaciones que unen nuestra fé y nuestra civilización, contemplamos los pueblos paganos, y en el extremo de nuestro horizonte, y no obstante las adelantos realizados en el transcurso de diez y ocho siglos, de que tanto se ha aprovechado la Europa cristiana, podrémos ver à esos pueblos manteniéndose estacionarios y hasta orgullosos de su inmovilidad, sumidos en las tinieblas más densas. Tinieblas tanto más características del politeísmo, en cuanto no es posible verlas disipadas, mientras no se ven penetradas por nues-

tro Jesucristo, ni traspasar el límite de nuestras fronteras, si Jesucristo no sale de ellas: Y después de habernos fijado en las naciones que jamás fueron cristianas, dirijámonos á las que han dejado de serlo. En otro tiempo la luz brilló con deslumbrantes resplandores bajo el cielo de Hipona y de Alejandría; mas no bien hubo abandonado Jesucristo esa tierra sagrada, cuando sus habitantes descendieron hasta la abyección de las razas degeneradas, y la civilización, sumergida bajo el oleaje del islamismo, sepultóse para siempre jamás, no para permanecer en el mismo estado como Pompeya debajo las lavas y las cenizas, sino para corromperse y consumirse como los cadáveres en el seno de las tumbas.

Volved la vista á Pekin, y podréis convenceros de que en ese país no se adelanta en mil años, lo que adelantamos nosotros en una sesión legislativa. Dirigidla á Yeddo: ¿qué falta á esas razas inteligentes y robustas para igualarnos? No faltará quien diga, nuestro régimen postal ó financiero: nosotros decimos decididamente, nuestro Evangelio. No cabe dudar que Jesucristo se propuso en primer lugar la salvación de las almas, y como consecuencia la de las naciones, motivo en virtud del cual decía que su reino no

era de este mundo: pero tampoco puede desconocerse que los reinos de este mundo no alcanzan jamás el grado de civilización que han menester, mientras viven fuera de su ley. La civilización, reducida á sus términos más sencillos, es un progreso eminente en las luces, en el amor, en la autoridad, en la libertad, en la moralidad y en la estabilidad. Ahora bien, si es cierto que semejantes grandezas se encuentran en todas partes en estado rudimentario, su apogeo solo puede observarse bajo las influencias evangélicas, de suerte que la sociedad debe optar entre los dos términos de la siguiente disyuntiva:

O Jesucristo, ó las tinieblas de la inteligencia. ¡Inconsecuencia singular del anti-cristianismo! Tiene la pretension de haberlo descubierto todo, y al propio tiempo pretende que el cristianismo se lo ha encontrado todo hecho. Y es que, abstracción hecha de toda creencia, el Evangelio inaugura un movimiento sublime del espíritu humano. El siglo cuarto de nuestra era, apesar de la imperfección que, en la forma, ofrecen sus obras, ha desvanecido más tinieblas que las épocas clásicas de Pericles y de Augusto. ¡Qué tesoros de virtud depositados por la fé en el fondo del espíritu público! ¡Qué poderosas corrientes de sentido comun lanzadas por el Evangelio á

la circulacion intelectual del mundo! Suprimid los dos Testamentos, la coleccion de los Santos Padres, la Historia eclesiástica, y las obras maestras de Teología, y decid dónde nos encontraríamos bajo el punto de vista intelectual. De seguro no sería nuestro nivel superior al de los Chinos y al de los Tártaros: es de suponer que sería más bajo aún, ya que procediendo segun la antropología moderna, hemos de suponer que esos pueblos, debieron de ser nuestros maestros.

El suelo y el espíritu de Europa son dos campos que han sido sembrados por los predicadores del Evangelio, y cuando la cosecha ha estado en sazón, los sabios que de ella se han aprovechado, han tenido el valor de tratar de perezosos à los sembradores. Pero por más que traten de negar la deuda que respecto de la Iglesia tienen contraída, no podrán desquitarse de ella, sobre todo cuando las fuentes de la ciencia moderna carecen de caudal suficiente para conseguirlo. Voltaire con más franqueza decía: «Al contemplar á la razon haciendo tan prodigiosos progresos desde el momento en que se inicia la predicacion del Evangelio, es menester considerarle à la fé, no como enemiga, sino como aliada Para satisfaccion nuestra y para nuestra instruccion, yo quisiera que todos los gran-

«des filósofos de la antigüedad, volvieran al presente sobre la tierra; que departieran con Pascal, que digo con Pascal, con los hombres de ménos saber de nuestros tiempos, que no son siempre los más desprovistos de sentido común, y estoy seguro, y perdóneme por ello la antigüedad, de que esos sabios harian muy triste figura! ¡Pobres charlatanes! De seguro no lograrían vender sus drogas y específicos en los andenes del Puente Nuevo!» Como se vé Voltaire no tiene un gran concepto de sus cofrades de los tiempos pretéritos: por mi parte me guardaría muy bien de tratar en los propios términos á sus cofrades presentes con todo y que proceden de muy distinto modo respecto de nosotros. ¿A qué emplearse en guerra de escaramuzas cuando pueden darse grandes batallas? Mas debemos manifestar á esos señores, puesto que amigos de Platon, lo somos más de la verdad, que si restituyen à la civilizacion cristiana los elementos que para combatirla le han prestado, sus drogas y específicos bajarán en precio, todo lo que en precio aumente el Evangelio.

O Jesucristo, ó las tinieblas del espíritu: lo hemos dicho y acabamos de demostrarlo; mas cuanto llevamos expuesto, constituye únicamen-

te el primer grado en la escala de la decadencia anticristiana. Véase ahora el segundo: ó Jesucristo, ó la barbarie en los sentimientos. Preciso es convenir en que el hombre por su propia naturaleza, se siente poco inclinado á amar á sus semejantes; ménos aún cuando se trata de los desgraciados; todavía, ménos refiriéndose á los que sufren ó padecen y ménos si cabe al tratarse del culpable y del que se ha degradado; afectos que, experimentándose como se experimentan, vienen á constituir otros tantos amores sobrenaturales que Jesucristo ha hecho brotar de las entrañas de la humanidad, como otras tantas pasiones sublimes. Novedades milagrosas y fecundas en milagros que, para el bienestar del mundo, importan tanto por lo ménos como el descubrimiento del telégrafo y de la fotografía. Pero Jesucristo en su adorable sencillez, no se ha tomado la pena de hacer levantar acta de sus beneficios; no ha cuidado de reclamar, y perdonésemle la palabra, privilegio de invención para las obras más originales. Así se explica que no hagan más que marchar sobre sus huellas los plagiarios que le combaten, y que los inventores del altruismo y de la filantropía especialmente, al pretender crear un sistema anticristiano, hayan debido recurrir indispensablemente á las

ideas cristianas, y échar mano hasta de las palabras empleadas por Jesucristo.

En prueba de lo que acabamos de decir, basta con recordar la insensibilidad del corazón humano ántes de que lo hubiese enternecido el Evangelio. Séneca apellida á la piedad, vicio de un alma débil: el profundo Marco-Aurelio, transcurridos más de cien años de haberse pronunciado el sermón de la montaña, prohíbe hacer coro á los lamentos de los desgraciados: fiel á esa filosofía cruelísima, Galerio reunía los mendigos de su imperio en buques que hacía sumergir: los indigentes que no podían utilizarse como esclavos, eran mirados en la antigüedad como inferiores á los animales, puesto que muchas veces se les arrojaba como pasto á esas mismas bestias: en resolución, el paganismo se preocupaba tan poco de la miseria, que la mayor venganza del cristianismo naciente contra sus perseguidores consistió en alimentar y amparar á los pobres del paganismo lo mismo que á los suyos.

Hoy mismo podemos dejar comprobada con hechos la impotencia de la naturaleza humana respecto del particular. Consideremos lo que ocurre en los países que no son cristianos. En ellos la beneficencia constituye uno de los servicios

de la administracion. En ellos se sirve al prójimo del mismo modo que se ingresa en el cuerpo de aduaneros ó en el ejército, es decir por medio de la suerte ó para tener una carrera. ¡Ay! mi corazón llora lágrimas de sangre, cada vez que considera que en medio de tantos millones de almas que no conocen á Jesucristo, no existe una Hermana de la Caridad, ni un sólo sacerdote de la congregacion de la Buena Muerte que pueda secar sus lágrimas!

Hay más aún: sin el cristianismo los hombres carecen de las fuerzas indispensables para atender á su recíproca conservacion. Para que puedan formarse idea exacta de su valer y con la virtud que es necesaria para sacrificarse los unos por los otros, es preciso que abriguen la conviccion de que fueron rescatados por una sangre divina. Por esto no existe nacion alguna, como sea cristiana, en que la vida de un hombre se tase por dinero, pues el mundo cristiano entero, se considera pobre para pagarla. En esa misma Roma donde César hacia degollar veinte mil Galos en una sola naumaquia, con el objeto de proporcionar distraccion á un pueblo corrompido, y Neron iluminaba sus jardines con cristianos bañados en resina, ha podido verse al santo padre Gregorio imponerse la condena de

ayunar seis meses á pan y agua, por haber muerto de hambre un hombre en sus Estados. ¡Oh revolucion admirable, única que á nadie ha costado la vida y que en cambio la ha conservado á muchos! Cuando se cuentan los pobres, los leprosos, todos los abandonados á quienes la Iglesia ha proporcionado nó sólo pan, sino también la felicidad en la miseria, puede comprenderse que exista quien no la acepte como madre; pero no se concibe que haya quien le niegue las condiciones de tal.

O Jesucristo, ó la ruina de la autoridad. La autoridad, lo mismo que el hombre, puede sucumbir á consecuencia de dos enfermedades de carácter completamente opuesto: por plétora ó por debilidad. En el primer caso toda la vida de la sociedad se concentra en su cabeza: la sociedad se halla en la situacion de un edificio que teniendo un remate superior á la fuerza de resistencia de sus cimientos, se viene á bajo en virtud de su propio peso; es la disolucion resultante del despotismo. En el segundo caso los miembros del cuerpo social absorbiendo toda la vida y rehusando comunicarla al cerebro, el poder se convierte en una fuerza sin direccion, en uno como organismo sin cabeza; el resultado es la disolucion por la anarquía. A estos excesos en

la constitucion de la autoridad, el cristianismo opone sus correspondientes correctivos.

Si, el cristianismo constituye el correctivo más apropiado del despotismo; del verdadero despotismo se entiende, no del que nos imaginamos que constituye la norma de todas aquellas autoridades que miramos con prevención. El cristianismo ha introducido en las ideas de la humanidad esa bellísima distincion: Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Hasta el momento de la proclamacion de la nueva doctrina, Dios y el César habian permanecido confundidos y ese nefando contubernio dió como resultado espantosas autocrácias que habrian acabado por aniquilar el universo, si Dios, comenzando por atiquilarlas, no se hubiese adelantado á extirpar todos los gérmenes de ponzoña que en su seno rebullian. Y esto es tan cierto, que aún así, donde no domina Jesucristo, sólo se ven Estados envilecidos por una obediencia sin garantías; monarquías generalmente orientales que sólo se mantienen erguidas como las momias de sus tumbas, porque no se mueven. Y para que resulte todavía más profundamente confirmada la verdad que acabamos de exponer, no tenemos que hacer más que dirigir una mirada al seno mismo de nuestra civilizacion. ¿Cuyo es el ideal

político de los que sueñan en un porvenir independiente del Evangelio? La dictadura socialista investida con los atributos del cetro y de la tiara, sojuzgando al par los cuerpos y las almas bajo el yugo de su doble autoridad, y distribuyendo todas las mañenas la porcion cógrua de pan y de libertad à una demagogia castigada por innumerables abyecciones de su divorcio con Jesucristo.

Y teniendo como tiene el cristianismo, una especie de virtud específica contra el despotismo, ¿habia de ser impotente contra la segunda de las enfermedades de la autoridad, la anarquía? Abstraccion hecha del Evangelio las autoridades políticas son siempre discutibles por un número determinado y por tanto revocables por medio de la fuerza. El cristianismo establece, no el derecho divino en determinada categoria de hombres en particular, sino el derecho de Dios en el representante del poder en general, consistiendo en esto el hermoso misterio establecido por el Señor de los Señores en provecho de sus representantes en la tierra. Dios se ha ocultado consecutivamente trás el velo del sacramento, con los harapos del mendigo, ó valiéndose de los rasgos de los superiores legítimos; y del mismo modo que la primera de sus emanaciones no re-

sulta manchada por la indignidad del sacerdote, ni la segunda por la indignidad de los mendigos, tampoco lo resulta la tercera por la indignidad del superior, siquiera éste no sea un vano pretexto para la rebelion.

Tal es la fuente de esta religion de la segunda majestad, como la llama Tertuliano, hablando del respeto en favor del poder. Tal es la razon de ser los imperios cristianos fuertes y duraderos, sin que sus súbditos resulten jamás humillados. Los que desconocen á Cristo se revelan ante la consideracion de tener que obedecer al que juzgan su igual, si no su inferior, al paso que el pueblo rejido segun los preceptos del Evangelio jamás se juzga humillado en su dependencia, puesto que, en las autoridades que honra, reconoce constantemente la soberanía de Dios. Y esta consagracion subsiste sobre la frente del poder, aun cuando no lo haya confirmado la uncion de Reims. Al apercibirse Rodolfo de Hapsburgo de que habia olvidado el cetro para la ceremonia de su coronacion, descendió las gradas del altar, y tomando en la mano un crucifijo y levantándole en alto, dijo: «Este es mi cetro.» Felices los poderes que saben consagrarse santificando su origen, porque el sufragio de Dios es el más constante y el más seguro apoyo que

puedan ambicionar los tronos. Los cetros cambian frecuentemente de sitio dónde no están unidos á la cruz, y sin ella y léjos de ella, sólo abierto á distieguir autoridades que caen, ó poderes que merecen caer.

O Jesucristo, ó la esclavitud. Desgraciados siglos fueron los siglos paganos, porque en ellos la autoridad carecia del reflejo divino; pero más desgraciados aun, porque en aquellos tiempos la sumision sin dignidad podia descender hasta el servilismo! Legislacion horrible la que hacía de una parte de la humanidad el objeto de un tráfico infame; de criaturas formadas á imágen de Dios, un mero artículo de comercio y que permitia á un famoso patricio jactarse de sus riquezas diciendo: «Poseo cuatrocientos mil esclavos!» Y sin embargo, ese vírus bajo este ú otro nombre, hallábase inoculado en la sangre de los pueblos, hasta tanto que Jesucristo la purificó! Para que sepamos lo que valemos fué menester que el Divino Maestro fuese vendido por treinta dinaeos: tan execrable compra vino á constituir el contrato de nuestro rescate.

Posteriormente se crean institutos magnánimos cuyo único objeto consiste en la redencion de cautivos. S. Vicente de Paul se coloca en el cuello la cadena que aprisionaba á uno de ellos,

y S. Gregorio devolviéndoles la libertad les dice: «Amigos míos: vosotros sois servidores de Dios; ahora bien, como servir á Dios es reinar, no está bien que los reyes vivan aherrojados, y pues sois cristianos, sed libres.» Palabra sublime á la cual ha prestado ya obediencia todo el mundo evangélico. Las resistencias de una parte de América han sido cruelmente castigadas, para que con ellas pueda objetársenos! No se diría sino que el cielo, permitiendo que corrieran ríos de sangre al través de esas inmensas llanuras se propuso lavar la huella del sudor que las fecundó durante dilatado periodo, para deshonor de la dignidad humana, y con menosprecio de la redencion de Jesucristo.

O Jesucristo, ó la disolucion de las costumbres. «El hombre cristiano, dice M. de Bonald, no está más libre de pasiones que el pagano ó el mahometano, y sin embargo, ¿qué diferencia respecto de la moralidad del uno y la de los otros! Asi como antes existian enfermedades horribles que, afortunadamente, han desaparecido del todo, porque se ha purificado la atmósfera y se ha perfeccionado la higiene general; existia tambien un cierto grado de corrupcion, propio del paganismo, completamente desconocido en los pueblos cristianos, por lo mismo que el aire

ambiente, hace imposible al parecer depravacion tan espantosa. ¡Cuántos vicios existieron en los pueblos de la antigüedad, que hasta carecen de nombre en las lenguas modernas! Lo que mejor caracteriza las costumbres paganas es que su historia no puede referirse sin reticencias. Sus crímenes, que no pueden estigmatizarse como no sea empleando un lenguaje que haga subir el rubor á las mejillas, la hace asemejar, se ha dicho con razon, á esos parricidas que caminan al suplicio, cubierta la cabeza con un velo negro.

¿Cómo se explica que á una hora dada, por medio de una súbita transfiguracion, hayan salido ciertos países de semejante embrutecimiento? Porque el cristianismo les ha tendido la mano como hizo Jesus á Lázaro en la tumba. En tanto que por una parte derrama sobre las costumbres corrompidas de Roma y de Corinto el aroma destinado á purificarlas, revela por otra, en el órden moral, sacrificios jamás imaginados y reemplaza en el suelo los sabios con los santos. La caridad, la humanidad, la castidad de las edades cristianas! En vano las buscaríamos antes de Jesucristo; en vano las buscaríamos despues de él en los lugares de los cuales hubiese desaparecido, puesto que el signo más característico de

su ausencia en su alma ó en una sociedad, estriba en la ausencia de tales virtudes.

Sí, en vano opondríamos un pueblo de filósofos buenos, á un pueblo de malos cristianos; lo cierto es, dice Rousseau, que la filosofía no puede formar virtud alguna que la religion no produzca, en tanto que esta da vida à muchas que no puede producir la filosofía.

Finalmente: Jesucristo, ó la inestabilidad de los imperios. La injusticia más grandes de nuestros racionalistas, consiste en considerar el cristianismo, como causa determinante de catástrofes políticas. Fijemos la atención en ese universo purificado de cuatro mil años de ignominias á la mera contemplacion de una cruz; y esos bárbaros trocados en mansos corderos merced á la palabra de los santos; y esos países en los cuales el Evangelio ha resucitado la edad de oro; y esos pobres convertidos por el cristianismo en príncipes del pueblo; y todos los beneficios que dejamos enumerados, y tendremos que convenir en que lo que de tal suerte eleva las sociedades, debe hacerlas duraderas. El día que Ciceron, conducido ánte el tribunal popular, se limitó á decir en su defensa *«juro que he salvado á la patria»*, á cuyas palabras contestó la multitud diciendo: juramos que ha dicho la verdad, obtuvo

un triunfo completo, y la absolucion siguió de cerca á la acusacion presentada contra el ciudadano ilustre.

Pues bien: el día en que Cristo, deseoso de confundir las calumnias de determinada filosofía de la historia, se presente ánte sus pretores diciendo: Juro que he salvado la patria, no quedará su apología sin eco ni pruebas. Todo el mundo contestará: Juro que ha dicho la verdad, y sus acusadores quedarán confundidos. Y todavía lo quedarían más si, en virtud de un acaso providencial, llegaba á desaparecer un instante de la vida de las naciones. No transcurriría mucho tiempo sin que el peso de los cetros, el servilismo de la obediencia, las epidemias morales y especialmente la caducidad de los imperios, nos revelaran el renacimiento de esos siglos de hierro de la era pagana, cuya salvaje grandeza sólo tiene la poesía que le prestan los mirajes clásicos y la distancia de veinte siglos.

¿En qué consiste que no debamos presenciar actualmente los derrumbamientos gigantescos de monarquías é instituciones, que con tanta frecuencia conmovieron las sociedades del mundo antiguo? ¿Por qué razón sólo se tratan cuestiones de equilibrio en los campos de batalla, que eran en otro tiempo el sepulcro de una nacion?

lidad? En primer lugar porque la religion penetra hasta el interior de los campos de batalla para evitar los abusos de la fuerza, y para humanizar la victoria; y despues y principalmente, porque desde el punto y hora en que la sávia cristiana se ha difundido por las venas del cuerpo social para vivificarlo, los más grandes colosos están ménos expuestos á la disolucion y pueden inclinarse sin romperse.

Comprendo que se nos opondrá la estabilidad de la China y de la Turquía. La China y la Turquía son el oprobio del ante-cristianismo, no su defensa. Por lo que respecta á la primera, si ha subsistido tanto tiempo, es porque las distancias han servido de baluarte á su insolencia, y de barrera á nuestras represalias. Las circunstancias locales son las que la han hecho y las que la sostienen. Encerrada dentro de su inmensa muralla, gusta de mantenerse en completo aislamiento, temerosa de caer hecha pedazos al choque más leve proveniente del exterior. Si así puede decirse, háse rodeado de un círculo de hierro con el objeto de evitar que sus moleculas se desagraguen interiormente. ¡Vanas precauciones sin embargo! Del seno de esos trescientos millones de esclavos háse levantado un grito que resonando en el corazon de las naciones eu-

ropeas, ha llevado la justicia de Dios hasta el mismo palacio de Pekin, en términos de que obligado por un lado por nuestras escuadras y por otro por las revueltas intestinas, hállase hoy el Celeste Imperio á la víspera de grandes expiaciones, si la cruz plantada por nuestros misioneros sobre tantas instituciones caducas, no hace descender sobre las mismas el fuego de la regeneracion.

Por lo que á la Turquía se refiere, no será mucho lo que diga, temeroso de turbar su penosa agonía. No exageramos: si se fija la atencion en las pulsaciones de ese cuerpo aniquilado por las disipaciones, se comprenderá fácilmente que en las orillas del Bósforo se están preparando unas solemnes exequias. Si por acaso vais á Constantinopla prestad oído atento á las brisas del Norte, y percibiréis el rumor del pueblo encargado de echar la losa sobre la tumba de los sultanes. Y no se crea que estos son ensueños de una política supersticiosa: no, ese sepulcro se habria abierto ya, si la Francia no hubiese interpuesto su veto. Confirmacion manifiesta de mi verdad, pues así como no se desprende un sólo cabello de nuestra cabeza sin el permiso de la Providencia, tampoco puede desprenderse una sóla piedra de la bóveda de las monarquías eu-

ropeas, sin el consentimiento del más cristiano de los pueblos que existen en la sobrechaz de la tierra.

Dírase á primera vista que las consideraciones que proceden son puramente especulativas; pero si se fija la atención de un modo detenido, se verá que de ellas se desprende la siguiente conclusión: nosotros, que tan orgullosos nos mostramos de las maravillas de nuestro tiempo, y quede uno á otro polo visitamos las obras maestras de la civilización cristiana, ¿por qué nos humillamos ante los efectos, sin adorar la causa de los mismos, que fué Nuestro Señor Jesucristo? Toda vez que el cristianismo es tan necesario para la inteligencia y la armonía de las cosas, conveganos en que merece mayor respeto que si se tratara de un simple sistema, puesto que siendo imposible que Dios estableciera el gobierno del mundo sobre una falsedad, implica su verdad la necesidad del cristianismo. Por lo demás, nada más perentorio en apoyo de esta tesis, que la experiencia de un pueblo al cual se hubiese completamente descristianizado. Supongamos que han vencido los sofismas, y que Jesucristo, arrojado de enmedio, empuña su baston de viaje para darnos la última despedida. Qué día más horrible para la Francia, aquel en que, de pié

sobre el dintel de los templos, le dijera sacudiendo el polvo de sus piés: ¡Oh, tú que fuiste en otro tiempo la hija predilecta de mi Iglesia, recibe al presente por mi abandono, el justo castigo que mereces por haberme abandonado. Yo abandoné tu propiedad, yo abandoné tu familia, yo abandoné tus leyes, yo abandoné tu poder, yo abandoné tus costumbres, yo abandoné tu vida pública y privada, yo abandoné tus tabernáculos, y te hago volver á lo que eras hace diez y ocho siglos, despojada de todo cuanto me debes y sin dejarte de mi pertenencia otra cosa que el recuerdo. ¡Cómo al otro día de haberse realizado esa partida del Señor, la Francia, reconcentrada en sí misma, mediría horrorizada el vacío resultante en su seno por la ausencia de Dios!

¡Ah! semejante vacío no sería en verdad una laguna fácil de llenar, puesto que supondría la mujer envilecida, las iglesias cerradas, el sacerdote reemplazado por la anarquía intelectual, las hermanas de la caridad sustituidas por delegados de la filantropía, el pudor por las gemonías, el cetro en mano de los pretorianos, el poder á merced del más fuerte, el orden pisoteado por los fautores de la insurrección... imposible es evaluar por el simple pensamiento, la suma

de dolores y de lágrimas que representaría ese interregno de Jesucristo! Y despues, cuando las naciones vecinas pasaran cabe nuestras ruinas, preguntándonos: ¿Qué es lo que habeis hecho de vuestro Dios? ¿Qué desesperacion la de este pueblo que jamás ha dejado en la estacada ni à un aliado, ni à un amigo, el tener que confesar en presencia del mundo escandalizado, que su primera traicion fué la apostasia de la cruz!

Para completar la fuerza de ese testimonio ficcio, volvamos al revés la hipótesis, é imagínemos que despues de un prolongado destierro, Jesucristo se halla dispuesto à repasar la frontera para vivir nuevamente entre nosotros. ¿Qué aglomeracion de gentes en los sitios por los cuales debiera pasar! ¿Qué alegres repiques de campanas en nuestras catedrales! ¿Qué solemne *Te Deum* entonado à los pies de los altares! ¿Qué hosanna de parte de las madres, de las vírgenes, de los sacerdotes y de los reyes! En verdad, los transportes de júbilo de un dia semejante no pueden concebirse: y si Jesucristo no impone à los que rechazan la prueba resultante de sus beneficios, la proveniente de las desgracias de su ausencia, es sin duda alguna porque la libertad moral del mundo, no resistiría un experimento de tanta trascendencia.

CAPITULO V.

EFECTOS INDIVIDUALES RESERVADOS A LA
VERDADERA RELIGION.

Despues de haber demostrado, directamente, la divinidad de Jesus, la hemos hecho resaltar de la accion divina que ejerce sobre las tres grandes instituciones que constituyen las bases fundamentales del órden universal: la propiedad, la familia y la sociedad. Suprimido Jesucristo, la propiedad resulta sin derecho inviolable, la familia sin vínculo indisoluble, la sociedad sin verdadera civilizacion, y el progreso mutilado y desprovisto de cuantas mejoras debe al Evangelio, reducido al quietismo é inmovilidad de la barbarie pagana.